

¿Qué comparacion tiene el cuidado de criar un niño con el de formar su corazon? El primero fué para mí de tal precio, que hubiéramos dado todo mi sér y mi vida para obtenerlo; y ahora ¿porque no me ha de ser dado consagrarme al segundo?» (1). En contestacion á una carta fecha en Londres manifiesta las siguientes ideas relativamente á los ingleses. «Es positivo que en tanto que no hagan reclamacion contra los vicios de su representacion y la tiranía del acto de testar, se postarán cada vez mas bajo el peso de las cadenas que multiplican las prerogativas reales y las pretensiones de los grandes. Nada extraño es que nosotros aspiremos á aventajarlos, aunque poco ha nos hubiéramos contentado con imitarlos; porque nos hallamos en el momento de fervor, entusiasmo y exaltacion que produce los grandes movimientos, saca á la luz las verdades mas preciosas, inspira los mas nobles pensamientos, y promueve las acciones generosas que han de servir de ejemplo á la posteridad. Lejos ya los ingleses de esta crisis venturosa han caido en la apatía de una falaz confianza, y los intereses del comercio unidos á las preocupaciones del lujo han precipitado los progresos de la incuria en que suele caer un pueblo tranquilo, fácilmente aletargado por las intrigas del ministerio y la perfidia de los ambiciosos. «Vuelve en seguida á la política de su pais, diciendo: «*Calonne* con sus argumentos especiosos, su mala fé y sus frases oropeladas; *Burke* con sus sofismas y su política cortesana; *Mounier*, en una nueva diatriba; *Tollendal*, en un folletito en que ha ostentado calor y energía: todos estos sugetos y sus escritos son muy perniciosos á la buena causa, porque halagan las pasiones de los descontentos, seducen á los ligeros, y hacen vacilar á los débiles, de suerte que suprimiendo de la sociedad á todos estos entes, y contando la clase ignorante que ellos influyen, se hallará que quedan poquísimas cabezas de bien discurrir y suficientemente ilustradas para oponerse á la torrentada y abogar por la verdad!» (2) «La cuestion

(1) Pág. 109.

(2) *Idem*, páginas 138 y 139.

rentística, este principio motor de la gran máquina, sigue tratándose con una flojedad y un descuido imperdonables, descubriéndose á cada paso preocupaciones ó parcialidad; amontónanse por un lado los impuestos con una indiferencia que no parece propia sino del despotismo, y prodiganse por otro los millones como si nada costasen al pueblo que los paga. Por fin de fiesta, ahora se han asignado unos cuantos á los príncipes, como si estuviésemos obligados á mantenerlos en un lujo asiático. La asamblea conserva la loca manía de trabajar como los ebanistas, saltando perfectamente de un asunto á otro, y dejando atras, sin que se atine porque, cosas de la mayor importancia, como por ejemplo, la organizacion de la milicia nacional, etc., al paso que se entretiene en mudar el nombre á la *marechaussée* sin deshacerse de este cuerpo que ninguna falta hubiéramos hecho. La nueva constitucion está aun sin concluir. La asamblea se va relajando y pierde diariamente su vigor, de suerte que estamos perdidos si la opinion pública no la fuerza á obrar y á ceder el puesto á otra legislatura.» Y luego añade: «Los mayores enemigos nuestros no están en el extranjero, sino en el mismo seno de la asamblea; las sempiternas comisiones han venido todas á ser viles juguetes de la intriga ó perversos agentes de la corrupcion. Fallecen todos los trabajos, y nos vemos inundados de miserables decretos espeditos por la dejadez y la impericia en vista de los informes de la ignorancia ó el interés. Queda sin organizar la fuerza pública; yacen en el olvido las cuestiones constitucionales; témese el movimiento á que puede dar lugar una nueva legislatura, siendo así que la corrupcion de la actual asamblea es mil veces mas peligrosa (1).»

La carta de pésame que escribió por la pérdida de un padre está llena de afectuosa elocuencia y de delicadísimo raciocinio (2), en tanto que las espresiones llegan á tomar un cierto aire de cariño que dió margen á que Des Issarts in-

(1) *Idem*, pág. 155.

(2) Vide páginas 160 y siguientes.

curriese en un error, juzgando que habia conmovido el corazon de su consoladora; y probablemente le escribió en este sentido, por cuanto madama Rolland reprime blandamente sus esperanzas, diciéndole: «Acuérdese Vd. que si me intereso por la felicidad de mis amigos, esta felicidad entre sujetos que piensan como nosotros está cifrada en una absoluta intachabilidad: este es el centro en que confio nos hallaremos siempre. Contentémonos con añadir al interés grandioso de una historia admirable, el grato interés de un sentimiento particular, y con reunir al patriotismo que generaliza y realza los afectos, los encantos de la amistad que los embellece y perfecciona todos (1).»

Nos despedimos en la marcha á Paris de M. y madama Rolland, quienes llegaron á dicha capital hácia el mes de febrero de 1791.

El primer personage con quien entraron en relaciones fué Brissot, el cual remitía su diario á Rolland por juzgar que los escritos de este simpatizaban con sus opiniones. Madama Rolland elogia su mérito no muy comun, sus virtudes, sus conocimientos y su extrema facilidad, diciendo *que escribia un tratado del mismo modo que otro copia una comision*. Brissot les proporcionó conocer á Péthion y finalmente se convino que se reunirían con ellos en su casa otros varios diputados, cuatro veces cada semana, para conferenciar sobre los intereses de la causa pública. Mientras duraba la tertulia, madama Rolland trabajaba en una mesa separada, escribiendo cartas sin dejar escapar ni una palabra de lo que se estaba tratando, y sucediale con frecuencia tenerse que morder la lengua por no decir la suya. «Muchas veces, tal era mi impaciencia, hubiéra dado de cachetes á esos sabios llenos de ciencia y probidad, escelentes peroradores, buenos filósofos, discretos políticos en la discusion, pero que no entendian una jota en materia de arrastrar á los hombres y por consiguiente de ser influyentes en una junta. Su ciencia y sus talentos solian por lo regular consumirse sin provecho alguno.»

(1) Correspondencia con Enrique Bancal.

Era de parecer que los girondinos distaban mucho de pronunciarse lo bastante. En una carta que escribió á Brissot, inserta en la *Nueva Minerva*, hallaremos una vivísima manifestacion de su despecho: escribióla en la barra de la asamblea nacional, á consecuencia de la sesion en que los franceses, tan poco ha llamados á ser libres, se dividieron en ciudadanos activos y ciudadanos pasivos, esto es, en electores y no electores. «Arroja al fuego la pluma, generoso Bruto, y ve á cultivar tus lechugas, que es el único recurso que les queda á los hombres honrados, á no ser que otra insurreccion general nos salve de la muerte de la servidumbre. La corte se burla de nosotros, y la asamblea no es mas que el instrumento de la corrupcion y la tiranía. Ya no es una calamidad la guerra civil, pues ella nos ha de regenerar ó anoadar; y como sin ella está perdida la libertad, ya no debemos temerla. Hoy he visto esa asamblea que ya no puede llamarse nacional: es el infierno con todos sus horrores; la razon, la verdad, la justicia, son allí ahogadas, infamadas, escarnecidas. Al ver la marcha que esta mañana ha seguido, al oír los argumentos que los negros (el lado derecho) se atrevian á sostener, al observar el juego de los viles intereses y de las atroces pasiones que la han guiado, no queda ya otro partido sino cubrirse la cara ó romper contra el pecho del enemigo. Paréceme evidente para todos los que tienen ideas justas de la libertad y el vivo sentimiento de lo que ella inspira, que ya nada puede hacer la asamblea que no sea funesto á esta misma libertad: fortalecerá al poder ejecutivo, decretará la reelegibilidad, dará leyes para cercenar la libertad de imprenta, evitará una convencion, ó bien sofocará de tal modo el espíritu público antes que esta tenga lugar, que la convencion será peor que ella, que es cuanto puede decirse. ¿Como no ven los mismos negros que si no se trata de perfeccionar la constitucion, necesariamente ha de desmembrarse el imperio? Mas no, que esperan que volvamos á caer bajo el yugo del despotismo, y me temo que acertarán. ¿Y en semejante estado de cosas, que se ha de hacer? Sepultarse en el retiro, ó sacrificarse como Decio. Vuestras sociedades son poco numerosas, porque, ¿qué pueden cinco ó seis hom-

bres de bien contra una legion de espíritus malignos? Se necesitarían voces, cual la de Estentor y el genio de Dios, pues de nada sirven los medios humanos contra una turba audaz y corrompida. ¿Y no hay en la asamblea treinta hombres de bien solamente, capaces de comprender los buenos principios y de entenderse para sostenerlos? Preciso es buscarlos, electrizarlos y conducirlos. El bueno del amigo de M. Péthion, ha tomado algun calor; pero ¿como es que el vigoroso Robespierre y el discreto Buzot no saben utilizar la ventaja de escribir sus discursos? Todos los hombres medianos con sus clamores y necios sarcasmos están al acecho de un descuido, una repetición ó una voz impropia... Tengo el pecho desgarrado, y esta mañana he jurado no volver mas á esa cueva abominable, donde se escarnece á la justicia y la humanidad, y donde cinco ó seis hombres animosos se ven vilipendiados por unos furibundos que tratan de despedazarlos.... Dubois, Dandré y Ribaud han repetido insidiosamente que solo los mendigos dejarían de ser ciudadanos activos, etc.

En una carta que escribe á su amigo Des Issarts desfoga su cólera en sarcasmos contra los miembros de la asamblea: «A no haber sido yo patriota, me hubiéramos vuelto tal asistiendo á sus sesiones (de la asamblea), en tanto se echa de ver á las claras la mala fé de los negros. He oído al sutil y capcioso *Maurry*, el cual no es mas que un sofista de mucho talento; al terrible *Cazalès*, muchas veces orador, pero otras muchas cómico y vocinglero; al ridículo *Déspréménil*, verdadero saltimbanqui, cuya insolencia y pequeñez mueven á risa; al astuto *Mirabeau*, mas ansioso de aplausos que amante del bien público; á los seductores *Lameth*, nacidos para ser ídolos del pueblo, y desgraciadamente para pervertirle, si no se les vigilase; al pequeño *Barnave*, de voz pequeña y de pequeñas razones, frio como una calabaza trinchada con nieve, usando de la chistosa espresion de una muger del siglo pasado; al exacto *Chapelier*, claro y metódico, pero que á menudo se olvida de los principios.»

Madama Rolland, no obstante su exaltación, dice M. Lemontey, era de corazón blando é inofensivo; no se le ocultaba que empezaban á despuntar principios de anarquía, pe-

ro confiaba hacerles guerra hasta morir. Acuérdomo, dice, del tono sosegado y resuelto con que me anunciaba que cuando fuese necesario ella entregaria su cabeza al cadalso, y confieso que la imágen de esa cabeza encantadora, abandonada á la cuchilla de un verdugo, hizo en mí una impresión que jamas se ha borrado.

¿Creeráse que su exaltación llegaba hasta el estremo de hallar aun tibio el partido de los jacobinos? «Los jacobinos, escribia, ya no cumplen ó cumplen mal con el deber que se habian impuesto de discutir los asuntos de que deba ocuparse la asamblea; déjense guiar por su comisión, y esta se halla sometida á dos ó tres sugetos que cuidan mucho mas de conservar su propio ascendiente que de propagar el espíritu público y servir eficazmente la libertad. Ya pasó para los parisienses el momento de fervor que les elevára sobre sí mismos; su municipalidad es detestable, y los acuerdos que publica no se hubiéramos atrevido á espedirlos el antiguo despotismo. Los curas se coligan, y los que se interesan por el antiguo régimen se aprovechan del cisma que aquellos promueven para dar á sus pasiones un colorido religioso, haciendo con estos causa comun. Levantan al cielo espantosa gritería contra la exigencia del juramento de la constitucion civil del clero, suponiendo que se trata de destruir la unidad de la iglesia.» (1) Y añade: «Lo que me parece indudable, es que nos vamos acercando á una crisis que pudiéramos ser fatal, y que sin embargo seria peor para nosotros el que no llegase (2).»

Acaeció hácia este tiempo la muerte de Mirabeau. No se deslumbra madama Rolland con el brillo de este gran nombre, con su extraordinario ascendiente ni con el efecto casi fulminante que produce el acontecimiento: antes opina que muere muy á tiempo en beneficio de su gloria, *vituperando con todo á la muerte por haberse dado tanta prisa en arrebatarse esta presa importante*. Dice de Mirabeau que presentó el monstruoso conjunto de un ingenio capaz de conocer el bien y de

(1) *Cartas autógrafas*, pág. 86.

(2) *Idem*, pág. 190.

hacerlo, habiéndolo hecho algunas veces, con un corazón corrompido que hacia mofa de la misma virtud, que todo lo hacia redundar en su propia gloria, y que comprometia esta gloria aun cuando se hallase en pugna con sus ardientes pasiones. «Ha usurpado la mayor parte de su reputacion con obras que no eran suyas; ha vendido su talento y la verdad á la avaricia, la ambicion y la codicia del oro, de que tenia mucha necesidad á causa de sus desarreglos. Prescindiendo de la conducta que observó cuando el veto y el decreto sobre el derecho de paz y de guerra, posteriormente ha sido cobarde y traidor en la organizacion del tesoro nacional, en la cuestion de la regencia y en el asunto de las minas. Su pérfido silencio, sus discursos contradictorios y su villanía me han llenado de indignacion. Al paso que alhagaba al pueblo, hubiéramos vendido su causa á la corte para subir al ministerio. Si hubiese vivido mas, necesariamente habia de darse á conocer y perder la reputacion antes de su muerte; afortunadamente para él ha bajado á la tumba desde el asiento del honor, por lo menos á los ojos del vulgo.... Los Lameth se han lamentado al modo de César cuando supo la muerte de Pompeyo. Con la lectura en la asamblea de su discurso sobre las sucesiones, temblaron de rabia los negros al ver el ascendiente que tenia contra ellos aun despues de muerto. Sin embargo, constante siempre en la astucia con que sabia contemporizar los ánimos, no pudo dejar de proponer restricciones en esta excelente obra en que se han visto dilucidados con el nervio y los rasgos sobresalientes que le caracterizaban los mas sanos principios de justicia y de igualdad, siendo una verdadera corona con que adornó su tumba.»

Tal fué su arte predilecto, el de desenvolver primero los buenos principios, y amoldarlos en seguida á las circunstancias, de suerte que él apareciese cual campeón de la verdad, y al mismo tiempo cual moderador de ambos partidos y dictador de la asamblea, no siendo en realidad mas que el ídolo de sí mismo, que sacrificaba la república á su reputacion y á sus particulares intereses (1).»

(1) *Idem*, 199.

Ya hemos visto el juicio que hacia madama Rolland de las mugeres autoras ó eruditas; véase ahora que concepto formaba de las políticas. «He dirigido á la tertulia social un escrito en que he dejado de poner mi nombre, porque juzgo que nuestras costumbres no permiten aun á las mugeres presentarse en la escena política. Ellas deben inspirar el bien y dar pábulo y calor á todos los sentimientos útiles á la patria, pero no aparecer cual actoras en la obra pública. *No podrán obrar abiertamente hasta que los franceses hayan merecido todos el título de hombres libres*; hasta entonces nuestra volubilidad y hábitos viciados cuando menos tomarian en ridículo aquello mismo que intentasen, y por lo mismo resultaria destruida la ventaja que de otro modo pudiéramos reportar.» (1) «La misma sensibilidad que se esparce y atenua en nimiedades, y de ahí se convierte en tontería y egoismo; puede fácilmente concentrarse y sublimarse en asuntos de importancia (2).»

Su carta del 27 de abril explica el nombramiento de Fauchet para el obispado del Calvados y su separacion del círculo social, la fuga del rey, la conducta oblicua de Lafayette, las guerras civiles y religiosas del condado de Aviñon, y finalmente los disturbios de las colonias; la del 5 de mayo manifiesta á su colmo la indignacion de madama Rolland, y el último grado de exaltacion á que su alma se haya jamas dejado llevar. «Tan solo con asociaciones generales puede espantarse, perseguirse y aterrarse al despotismo. Preciso es atacarlo en todas partes para estirparlo de nuestro suelo; y si tratamos de perfeccionar nuestra libertad, vano será nuestro empeño si antes no estimulamos á todos nuestros vecinos á seguir el mismo culto.... Necesitamos otra insurreccion, ó se perdió para nosotros el bienestar y la libertad; mas dudo que tenga el pueblo bastante energía para verificarla, y miro las cosas abandonadas al azar de los sucesos.... la adversidad forma las naciones lo mismo que los individuos, y la misma guerra civil, por odiosa que sea, apresuraria la regenera-

(1) *Idem*, 199.

(2) Pág. 237.

cion de nuestros genios y costumbres. Debemos estar preparados á todo, hasta morir sin pesar; pues de la sangre de los buenos manarian el poderoso rencor de las pasiones que la hubiesen hecho verter y el entusiasmo de las virtudes que aquellos hubiesen dado por ejemplo.... al paso que se quema al papa en el Palacio Real, reconócese en la asamblea sus pretendidos derechos sobre Aviñon.... Propónese de quitar el derecho de peticion á los ciudadanos pasivos, á los clubs, á los cuerpos administrativos, de confiar la suerte de los hombres de color á un congreso de blancos, etc. Sí, es preciso nada menos que una confederacion general de los amigos de la humanidad de todas las naciones; nosotros somos harto débiles y corrompidos para volvernos á levantar sin ayuda; resplandezcan las luces en todas partes, pues ya es tiempo que salga del cáos el género humano (1).» Finalmente hállase cansada y aburrida con la vista de Paris, las sesiones de la asamblea le dan calentura, y *suspira por su hermita y la tierna planta que no puede coger.*

En 22 de junio ya empieza á reconciliarse con lo que tiene á la vista. «Las secciones se han reunido, y varias de ellas han resuelto declararse permanentes, habiendo algunas que manifiestan sumo entusiasmo; las sociedades fraternales se han juntado tambien.... el espíritu público presenta muy buena disposicion.... Se han reunido los jacobinos en gran número, y han tenido rasgos de la mas rara nobleza; han renovado con inesplicable entusiasmo, arrodillados y con la espada desnuda en la mano, el juramento de vivir libres ó morir.... Robespierre subió á la tribuna, y habló con la energía que le es natural: conocíase que, opreso su corazon por la flojedad de la asamblea y la corrupcion de una parte de sus miembros, venia á exalarse en una sociedad célebre en otro tiempo, y que tal vez las circunstancias llamarían de nuevo á la pureza de su origen. Se llevó infinitos aplausos, que por cierto eran bien merecidos. La llegada del pícaro de Lafayette ocasionó alguna inquietud, pues se temia la falacia del año

(1) *Idem*, páginas 220 y 221.

89 y la intervencion de los ministros; pero Danton desplegó su elocuencia sin que le arredrara el atacar á aquel, el cual en vez de disculparse hizo ostencion del buen zelo que le animaba, habló de libertad y fué aplaudido. Sieyès y otros hablaron contra las manifestaciones de desconfianza, que era preciso desechar. Barnave peroró en el mismo sentido, recomendando la union y proponiendo que se remitiéran á todas las sociedades afiliadas una circular redactada bajo estos principios y espíritu: la cual fué adoptada. Este ha sido el resultado de una de las mas brillantes sesiones de esta sociedad.... Ya van seis meses que solo tratan de adormecernos; y al menor síntoma de despertar, vuelven otra vez á entregarnos al sueño; las cadenas que ahora nos maniatan son casi imperceptibles, mas antes no conozcamos toda su fuerza ya estarán forjadas de hierro.... estamos cercados de lazos, seductores y asesinos, y si aun podemos lisongearnos de alcanzar la libertad solo ha de ser al través de un mar de sangre (1).»

Cambia de nuevo la escena con la detencion de los reyes en Varennes. Mientras duró la paz contentóse madama Rolland con hacer un papel inofensivo y ejercer la especie de influencia que corresponde á su sexo; pero la marcha del rey y su regreso le parecieron una declaracion de guerra, y juzgando que ya era necesario que todos se arrojasen sin reserva, hízose admitir en las sociedades fraternales persuadida de que el buen zelo y una buena idea pueden ser útiles en los momentos de crisis. *No puede estar quieta en su casa*, y va á concertarse con sus amigos para escitarlos á emprender grandes medidas, diciéndoles: es preciso ocuparse en hacer algunas instrucciones y diseminarlas.... (2).

Empero la vuelta del rey presenta un grande estorbo: ya se habian lisongeados de poderse pasar de él, y la asamblea concibiéran ya la idea de una república; acuden para prestar juramento de fidelidad á la ley y á la nacion una multitud de diputaciones y el arrabal en masa de San Antonio,

(1) *Idem*, páginas 242 y 243.

(2) *Idem*, páginas 247 y 248.

precedidos por una música cantando en coro el estribillo del *Ca ira* y echando al infierno al rey y los aristócratas; en los jacobinos, Robert propone la república; falseada la energía de Danton, ó quizás poco ilustrado, no halla mas recurso que una regencia: hállanse presentes D' Orleans, Castellas y otros 89 diputados, y el pérfido Thouret calificando de raptor la fuga del rey, propone un decreto que ponga en seguridad á su persona hasta que se reúna con el cuerpo legislativo, y establezca penas contra los que se atrevieren á insultarle. En este instante se presenta Robespierre, y clama con su habitual energía contra semejante decreto; pero se le prende, y suspéndese la asamblea.

Madama Rolland es de parecer que se juzgue al rey, ó bien, supuesto que para ello falta energía, que se le suspenda y se pruebe que un rey para nada es necesario y que la máquina puede muy bien andar sin él, en una palabra, que se establezca la república (1). Empero Barnave y Maubourg combinan con la corona los medios de conservarla: nada han de cortar las protestas y manifestaciones; Lafayette se halla mas preponderante que nunca, y el plan que ha adoptado anuncia mas madurez y habilidad que no se le suponía; sus satélites detienen á los espededores de Marat, el orador del pueblo, y rasgan sus impresos; Robert se ve atropellado; la asamblea, cuyos miembros solo codician el poder, manda suspender las elecciones para poder obrar con libertad. «En vista de lo que está pasando, es indudable que hubiera valido mucho mas para la libertad que no se hubiese detenido al rey, porque siendo inevitable en este caso la guerra civil, la nacion hubiera tenido que pasar por esta grande escuela de las virtudes públicas. Es muy terrible el pensarlo, pero cada dia lo vemos mas patente, ya no podemos regenerarnos sino con sangre. No obstante, es tan violento y general el arranque que se ha tomado hácia la libertad, que preciso será lleguemos á ella. Las naciones no pueden retrogra-

(1) Pág. 252 y siguientes.

dar: la caída del trono está decretada en el destino de los imperios (1).»

Parece que se reanima su valor en la carta del 11 de julio; «Aquí hemos visto los hechos de diez años en veinte y cuatro horas, tanto se agolpan y acosan rápidamente los sucesos y afectos. Brissot ha tenido la palabra en los jacobinos, y ha dilucidado la gran cuestion de la inviolabilidad del rey y su gobierno con toda la fuerza del raciocinio, el imperio del sentimiento y la autoridad de la virtud: no fué solamente un orador, sino un hombre libre que defendía la causa del género humano con la magestad, la nobleza y la superioridad del mismo genio de la libertad; ha convencido á todos los ánimos, electrizado las almas, dominado como ha querido, y obtenido, no aplausos, sino mil gritos y arrebatos, en tal extremo, que tres veces se ha levantado en masa la asamblea, tendidos los brazos, sombreros al aire, y con inesplicable entusiasmo. ¡Perezca para siempre el que sintiendo ó participando de esos grandes movimientos pueda aun humillarse á las cadenas!... (2) He visto en suma encenderse en mi patria el fuego de la libertad... acabaré de vivir cuando le plazca á la naturaleza; pero mi postrer aliento aun respirará gozo y esperanza por las generaciones que tras nosotros vengan. (3).»

Describe en seguida madama Rolland con su pluma de fuego los sucesos del Campo de Marte ocurridos en el mes de julio, y el aspecto que presentaba Paris despues de aquel dia: «Tocan generala; todo se cubre de bayonetas; los jacobinos son atacados; el Palacio Real está lleno de gente armada, pronta á caer sobre el primer grupo que se presente, y al mismo uso está destinado el batallon de niños: así se constituye á la niñez para que juzgue con la vida de los ciudadanos; en la casa municipal está enarbolada la bandera encarnada; dó quier se vé el aparato de la guerra. Puede decirse que la contra revolucion se está haciendo en Paris por la mayoría de la asamblea nacional y la fuerza armada

(1) *Idem*, 262.

(2) *Idem*, 299.

(3) *Idem*, 278.